

LIBRO IV.

LA RESTAURACION CATÓLICA Y LAS GUERRAS DE RELI-
GION : PREPONDERANCIA DE ESPAÑA.

CAPITULO XIV.

EL CONCILIO DE TRENTO Y LA RESTAURACION
CATÓLICA.

Reformas en la córte pontificia y tentativas de conciliacion con los protestantes. — Medidas defensivas : la Inquisicion (1542), el Index y los Jesuitas. — Concilio de Trento (1545-1563).

Reformas en la córte pontificia y tentativas de conciliacion con los protestantes.

El papado desprevenido, perdió en pocos años la mitad de su imperio. Todos los enemigos de la Santa Sede comenzaron por invocar la necesidad de una reforma de la Iglesia en sus costumbres y en su disciplina, arma terrible que se habria debido quitarles de las manos, como lo comprendieron los sucesores de Clemente VII, que iniciaron un admirable trabajo en la córte pontificia y en toda la Iglesia católica. Reformar la disciplina eclesiástica, imponer al clero la pureza de costumbres y reanimar la fé de los pueblos, tal fué la obra á que se consagraron los cinco pontífices que gobernaron la Iglesia en la segunda mitad del siglo xvi, Pablo III, Pablo IV, Pio IV, Pio V y Sixto V.

Pablo III, que hasta cierto punto continuaba la edad anterior, inauguró sin embargo, la nueva política, elevando solo á la dignidad de cardenal á los hombres que se distinguian por sus talentos y virtudes; y hasta los protestantes aplaudieron la promocion de preladados como Contarini, Sadoleto, Caraffa y Ghiberti. Mejoró la organizacion de la Rota¹, la penitenciaria y la cancillería romana, cortó los abusos de dispensas, persiguió la simonía y hubo un momento en que pareció que sus tareas iban á producir el fin apetecido, esto es, la reconciliacion con los protestantes, pues los consejeros mas atendidos por el papa, y principalmente Contarini, admitian el dogma fundamental del protestantismo, la justificacion por la gracia y demostraban vivo deseo de introducir reformas en las costumbres y en la disciplina.

Con efecto, en el coloquio de Ratisbona (1541) al que asistió Contarini como legado del papa, se pudo creer hecha la paz. El emperador, que se preparaba á guerrear contra Francia, deseaba un compromiso; y el mismo Lutero muy cansado de sus luchas contra los anabaptistas y los sacramentarios y muy desengañado al ver que los reyes convertian en provecho propio su reforma, tampoco parecia oponerse mucho. Los protestantes enviaron á la conferencia á sus pacíficos teólogos Bucer y Melancthon; pero los príncipes reformados fueron menos dóciles que los doctores, intervinieron en la discusion y redactaron los artículos. «Nuestro excelente soberano, dice Lutero, me dió á leer las condiciones que propone para vivir en paz con el emperador y nuestros enemigos; y veo que consideran todo esto como una comedia entre ellos, cuando es una tragedia entre Dios y Satanás, tragedia en que triunfa Satanás siendo Dios inmolado. Pero vendrá la catástrofe...» (Carta del 4 de abril de 1541). Nada mas cierto: los soberanos que se ha-

1. La *Rota*, tribunal de once doctores eclesiásticos llamados *auditores de la Rota*, pertenecientes á las cuatro grandes naciones católicas, Italia, Francia, Alemania y España, que juzgan todas las cuestiones relativas á los beneficios eclesiásticos en los países católicos. El nombre de *rota*, que significa *rueda*, proviene verosímilmente, del mosaico circular que adorna la sala en donde se reúnen.

bian apoderado de los bienes de la Iglesia, no podían querer una paz que les habría condenado á restituirlos, ó que cuando menos, habría cortado las usurpaciones.

Hubo también una sorda oposición por parte de algunos católicos. Francisco I temía la influencia que aquella pacificación daría al emperador en el imperio, pues una Alemania unida le inspiraba recelos muy grandes; y otros, como el arzobispo de Maguncia, se arredaban por lo costosa que sería aquella paz: «Habrà que hacer muchísimas concesiones,» escribía al papa. Contarini fué desaprobado por la Santa Sede, como los doctores protestantes por sus príncipes, con lo cual se desvaneció toda esperanza de reconciliación y la Iglesia se armó para el combate.

Medidas defensivas: la Inquisición (1542), el Index y los Jesuitas.

En 1542 se instituyó una nueva *Inquisición* cuyo tribunal superior se fijó en Roma. Seis inquisidores generales recibieron la misión de averiguar y castigar todo ataque á la fé por ambas partes de los montes. No había categoría ni dignidad que diesen fuero contra su jurisdicción: ellos tenían derecho para llevar á la cárcel á los sospechosos y para aplicar la pena capital á los culpables y vender sus bienes. Su poder era absoluto para sofocar y extirpar las herejías que habían surgido en el mundo cristiano. Inmediatamente la Inquisición se puso á la obra y con tal vigor, que las carreteras de Italia á Suiza y á Alemania se cubrieron de fugitivos y reinó el terror de un extremo á otro de la Península. Hasta la duquesa de Ferrara, segunda hija de Luis XII y de Ana de Bretaña, tuvo motivos para entrar en zozobra: «Bebia lágrimas con su vino,» dice Marot. Disolvieron las academias de Módena y de Nápoles, se prohibió todo exámen de las cosas de la fé y se vigiló y proscribió toda idea nueva. Establecieron la congregación del *Index* que aumentó considerablemente los catálogos de libros prohibidos, y no pudo imprimirse ninguna obra antigua ó moderna sino con permiso de los inquisidores. Solo

en Venecia tuvo que subordinarse el inquisidor á la autoridad civil. Prendieron á un cardenal y á varios obispos, y muchos individuos de condición inferior murieron en el agua ó en la hoguera. La empresa tuvo éxito, pues se salvaron en la Península la unidad católica y la ortodoxia; pero ¡á qué costa! La servidumbre de los italianos á la casa de Austria había dado fin á la vida política; y las providencias para extirpar ó evitar la herejía acabaron con la vida literaria. Cesaron de pensar, el arte se hundió con las letras¹ y la Italia vino á ser por espacio de tres siglos la tierra de los muertos. ¿Ganaron con ello las costumbres? Los Sigisbeos y los bandidos responden por la moralidad privada y pública. Allí donde no hay ciudadanos, ni soldados, ni artistas, ni poetas ¿cómo es posible encontrar hombres?

1. De la *Jerusalén* del Taso cayeron en la *Secchia rapita* de Tassoni; de Rafael y de Miguel Angel pasaron al Bernini. Los arlequines se pusieron en moda. El emperador Matías hizo noble al arlequin Lecchini. En 1806 Massena no halló una sola imprenta en las Calabrias, país donde mucha gente no sabe leer en el día. Sin embargo, en el siglo XVIII comenzó el renacimiento por la música y las ciencias, dos cosas que no parecían inspirar recelos. En una obra de M. Ph. Chasles titulada: *Galileo Galilei, su vida, su proceso y sus contemporáneos*, leemos las siguientes líneas: «Si es triste reconocer que un genio como Galileo sostuviera tan mal el choque con sus enemigos, nada más útil que saber de dónde procedía aquella flaqueza. Consistió en que no subsistía ya en las almas ninguna fuerza viva. La educación de los siglos y el yugo extranjero habían quitado todo valor personal aun á los más grandes hombres, y todos sin distinción, doblegados bajo la autoridad personal, se prosternaban rastreros. En vano abundaban las luces; la conducta de todos era baja, estaba abolido el sentimiento del deber, y el cristianismo que no había levantado á Bizancio no podía levantar á la Italia. Los esfuerzos y sublimes ejemplos de Borromeo y de sus émulos eran impotentes, el catolicismo cesaba de ser una doctrina viva para almas muertas. El culto de la tradición exagerada falseaba la teología cristiana, cuyo primer dogma es la responsabilidad personal; la fortuna lo sofocaba todo. Ninguna discusión, ninguna variedad, ninguna vida. Ni esperanza, ni porvenir. Las diversidades de carácter y de idea, los contrastes entre las fuerzas sociales sin desenvolvimiento para su legítima lucha, hacían que el hombre se replegara sobre sí mismo; y como no le quedaban más que apetitos y pasiones, abrigaba con la hipocresía la envidia, el odio, la licencia, la sensualidad, el fraude tanto más repugnantes cuanto aparecían sistematizados y organizados. No se renovaba el hombre moral-

La Inquisicion, que habia sido una medida de defensa, se cambió en arma de ataque contra la reforma. Bastante habia retrocedido el catolicismo, ahora debia avanzar y la Santa Sede multiplicó la piadosa milicia que combatia por ella.

Todas las grandes épocas de la Iglesia aparecen marcadas por la creacion de nuevas órdenes monásticas ó por la reforma de las órdenes ya existentes: la reforma de los conventos se efectuó en tiempo de los Carlovingios, la de la regla de san Benito en los siglos x y xi y la creacion de las órdenes mendicantes en el xiii. En 1522 se vió tambien la reforma de los camaldulenses; en 1525 la de los franciscos que dió nacimiento á los capuchinos; en 1530 se establecieron los bernardos y seis años antes los teatinos por Caraffa (el papa Pablo IV). Los miembros de esta última orden hacian voto de castidad, obediencia y pobreza; pero no mendigaban, esperaban las limosnas sin ir á buscarlas, lo cual dió márgen á graves abusos, y se introducian en la vida activa, en la sociedad, por la predicacion y la administracion de los sacramentos y por las visitas que hacian á los enfermos y á los presos. Se hicieron célebres por sus virtudes y de su seno salia el alto clero de Italia.

La orden que mas brilló fué la de los jesuitas, que se extendió por todas partes y por do quier encontró enemigos. ¡Cuánto bien y cuánto mal se ha dicho de los jesuitas! Su fundador Ignacio de Loyola, noble guipuzcoano, dotado de un espíritu novelesco, pasó por el ascetismo para dar á luz una de las mas vastas concepciones políticas que ha habido nunca. Además de los votos ordinarios, se le ocurrió hacer un cuarto voto particular de obediencia al papa; de cuyo modo Ignacio de Loyola apelaba á la sumision absoluta

mente ni por grandes acciones ni por grandes obras; todo era egoismo y todo eran males. La literatura venia á ser un oficio de práctica, de imitacion, de arreglo de frases y de metáforas rebuscadas. Lo mismo en las artes que en la vida, faltaba sinceridad. Reemplazaban con fórmulas vanas el estudio de la naturaleza y la aspiracion al ideal; hasta la arquitectura era mentira, y el género *colossal* prestaba á construcciones mezquinas un simulacro de grandeza. En medio de esta inmensa miseria moral nació Galileo. »

contra el protestantismo que conducia á la rebelion mediante el libre exámen. La reforma, que lo quisiera ó no, fundaba la libertad, cuando no la confiscaban los soberanos; y los jesuitas equilibraron aquella tendencia inclinándose al extremo contrario, esto es, restableciendo la autoridad. En tanto que las demás órdenes se separaban del mundo para vivir en el silencio y la oracion, en la sombra y soledad del claustro, los jesuitas prescindian de las prácticas de devocion hechas en el coro en comun, y que en los conventos de todas las órdenes absorbian un tiempo tan considerable; ni siquiera se sujetaron á vestir un hábito monacal, y sí solo el de eclesiástico ordinario, que á veces abandonaban para tomar el de traficantes en la India y el de mandarines en la China. Hacian voto de pobreza; mas se entendia que era individual, no comprendia á la corporacion que podia hacer adquisiciones. Política, ciencia, literatura, ningun medio de influjo descuidaban, ni tampoco ninguna fuente de poder, todo en beneficio de la religion y de la autoridad del sumo pontífice. Confesores de los reyes en Europa y apóstoles de la fé en América y en las Indias, los jesuitas tuvieron sábios, diplomáticos y mártires, y tuvieron tambien buenos profesores, pues uno de sus principales fines fué el de conquistarse el derecho de educar á la juventud, mision de la cual se mostraron dignos por su saber y por sus virtudes.

Hablamos aquí de los primeros tiempos de la orden de los jesuitas, de la edad heroica, cuando aun no tenian mas ambicion que la de una legítima influencia debida á sus talentos; pero una vez que la consiguieron, se vió que la institucion se fué apartando en su conducta de las austeras reglas establecidas por su fundador, se vió que trabajaban menos por la Iglesia que por su sociedad; que ya no se confundian los intereses de la Santa Sede y los de la orden. La severidad de una vida pura se cambió por una elasticidad de principios, mas propia para ganar partidarios que para hacer cristianos verdaderos. Despues de haber combatido fundadamente la doctrina protestante de la justificacion por la gracia, dando una buena parte al libre albedrío,

llegaron á presentar casi todas las obras como excusables, lo que haria inútil la moral; y despues de haber sostenido en política la soberanía popular hasta el punto de enseñar que es cosa permitida matar á un tirano, pasaron violentamente al campo opuesto. Empero estamos lejos aun de la época en que los confesores eran cortesanos, de la época en que algunos de los sucesores del heróico san Francisco Javier, cambiaron las misiones en empresas comerciales.

Admirablemente se combinó la organizacion de la compañía de Jesus. Nombran un general con carácter vitalicio á fin de que no haya mudanzas de direccion en el gobierno de la sociedad. En grado inferior están los *profesos* que hacen voto de castidad, pobreza y obediencia absoluta y que deben encargarse de las misiones en todas partes donde se necesite, lo mismo entre los heréticos que entre los bárbaros; y siguen los *coadjutores espirituales* con carácter sacerdotal, aunque se consagran especialmente á la instruccion pública. Mientras los profesos recorrian el mundo predicando, confesando y convirtiendo, los coadjutores establecidos en las localidades con los *escolásticos* que formaban la tercera y última clase, cobraban influencia y se apoderaban de la educacion de la juventud, educacion que residió hasta entonces en manos de los literatos, cuyos usos profanos y paganos fueron muy sospechosos despues de la reforma y que reemplazaron los jesuitas, gracias á su mas acertado método de enseñanza y á su mejor division de los estudios. A mayor abundamiento, la instruccion en sus colegios era gratuita, como la misa en sus iglesias. Finalmente, para que vivieran exentos de cuidados los coadjutores y los escolásticos, los colegios pudieron tener bienes que administraban *coadjutores seculares*.

Aseguraron con severas leyes la disciplina de la órden y el mantenimiento de la gerarquía. No se pronunciaban los votos antes de los treinta años, para que la órden no se viera expuesta á los arrepentimientos peligrosos y para que durante el largo noviciado obligatorio, tuviesen tiempo los jefes de conocer las aptitudes individuales á fin de darles el destino correspondiente. Las *constituciones* dicen que nin-

gun miembro puede escribir ni recibir cartas sin que las lea el superior. — Al entrar en la compañía debe hacer el novicio una confesion general expresando sus buenas cualidades y sus defectos. El superior le da el confesor y se reserva la absolucion para los casos de que juzgue oportuno tomar nota. — Nadie debe aspirar á los grados y se prohíbe á todos los miembros que pretendan dignidades eclesiásticas. — Si el coadjutor seglar no sabe leer ni escribir, no puede aprender sino con licencia de los superiores. — Todos deben dejarse gobernar por sus superiores con entera abnegacion y sumision ciega, como sirve el baston á la voluntad de su amo. En suma, la mas absoluta obediencia reemplaza todos los móviles de la actividad humana.

Grandes y rápidos fueron los progresos de la nueva órden. En 1540, aprobó el papa su creacion con ciertas condiciones y en 1543 la confirmó plenamente. Cuando murió Ignacio de Loyola (1556), la compañía contaba ya 14 provincias, 100 colegios y 1,000 miembros. España é Italia estaban conquistadas, Austria y Baviera ocupadas, Francia y los Países Bajos á medio invadir, y habia intrépidos misioneros que recorrian el Levante, el Brasil, la India, el Japon y la Etiopía. Así fué que agradecidos los papas, concedieron á aquella milicia todos los privilegios de las otras órdenes, con mas la facultad de conferir grados académicos, de ejercer el ministerio sagrado en las iglesias todas aun durante el entredicho, de dar la absolucion en los casos reservados á la Santa Sede, y por último, otorgaron á los jesuitas un fuero completo contra todas las jurisdicciones locales.

Concilio de Trento (1545-1563).

De este modo, pues, se reformaban los abusos en el seno de la Iglesia católica, á la par que se animaban con piedad ferviente y se armaban de disciplina y obediencia para el gran combate de las doctrinas. La Iglesia quiso estrechar su unidad en su último concilio ecuménico que congregó en

Trento Pablo III. Todos los partidos habian reclamado aquella asamblea; pero todos tambien la temian porque ninguno estaba seguro de hacer prevalecer en ella sus intereses personales. Cuando por fin se reunió en 1545, el rompimiento era definitivo: los protestantes se negaron á tomar parte en el concilio. Todas las potencias católicas enviaron á Trento sus embajadores y sus prelados. El concilio fué suscrito por 4 legados, 11 cardenales, 25 arzobispos, 168 obispos, 39 procuradores de obispos ausentes y 7 generales de órdenes ¹. Tanto por el número como por los talentos y la fama de sus miembros, el concilio de Trento no fué inferior á ninguno de los diez y ocho concilios ecuménicos anteriores.

Desde las primeras reuniones dominó la influencia pontificia. El inquisidor Caraffa y el jesuita Lainez que dirigian la discusion, hacian que siempre triunfaran sus ideas. No hubo, pues, mas miramientos estériles ni mas concesiones peligrosas: se afirmó el dogma católico con inexorable franqueza y se disiparon las oscuridades con que la dialéctica habia envuelto la teología. Declararon que solo á la Iglesia correspondia la interpretacion de los libros sagrados; condenaron todas las doctrinas protestantes sobre la gracia y la justificacion, mantuvieron como indispensables los siete sacramentos y para fundar sólidamente la unidad haciendo imposibles las disidencias, resolvieron que se harian las obras siguientes: para la enseñanza, un catecismo de cuya redaccion se encargó san Cárlos Borromeo (*Catecismo romano*); para el culto, un breviario y un misal (*Breviario romano*), que publicó Pio V, y para los estudios teológicos, una nueva edicion de la *Vulgata*, que dieron á luz Sixto V y Clemente VIII.

Firmes y unidos en todo lo concerniente á la fé, los Padres del concilio se dividieron sobre ciertas cuestiones de

1. Su número varió naturalmente; pero lo que no cambió fué la mayoría de prelados italianos que siempre mantuvieron: en los últimos tiempos habia 187 contra 83 de otras naciones. Los legados consiguieron que se votase por cabeza y no por nacion, con lo cual estuvo el concilio á la discrecion de los italianos y por consiguiente de Roma.

disciplina eclesiástica. Casi todos los prelados, excepto los de Italia, adictos particularmente al pontífice, formaron empeño en que se declarase que su institucion era divina; pero si recibian las bulas ¿cómo podian considerarse establecidos puramente de derecho divino? Consignado aquel derecho por el concilio, el papa no era mas que un obispo como ellos, su cátedra seria la primera en la Iglesia latina, mas no el principio de todas las demás, perdia su autoridad; y esta cuestion que pareció en un principio meramente teológica, se vió despues que era política y de las mas delicadas. Trasladado de Trento á Bolonia en 1546 por Pablo III, y restablecido en Trento por Julio III en 1551, el concilio tuvo que dispersarse en 1552, cuando se acercaron los luteranos mandados por Mauricio de Sajonia y hubo diez años de suspension en sus reuniones.

Verdad es que tan larga interrupcion debe atribuirse principalmente á los apuros en que se vió la Santa Sede despues del asesinato de Pedro Luis Farnesio (1547), cometido por un agente del gobernador español de Milan. Pablo III estuvo á punto de romper con el emperador y de arrojarle en brazos de la Francia; pero su muerte (1549) y el advenimiento del pacífico Julio III evitaron el rompimiento, que por fin se efectuó en tiempo de Caraffa elevado al trono pontificio en 1555, con el nombre de Pablo IV. Este enérgico pontífice habia deseado que fuera libre Italia. « Quiero servir á mi país, sin cuidarme de agenos sentimientos, y si mi voz no es oida, me quedará el consuelo de haberla elevado para defender tan grande y justa causa, y pensaré que un día se podrá decir que un italiano, un anciano al borde del sepulcro, en vez de descansar llorando sus faltas, no se acordaba mas que de tan glorioso proyecto. » Sin embargo, no por esto dejaba de ser severo con la heregía, ni se enfriaba su celo en la obra de la reforma católica; pero su atrevida lucha con España (véase pág. 145) dividió de tal modo á las potencias católicas, que no se pudo apelar al concilio.

Quando la espada del duque de Alba destruyó los últimos restos de la independencia italiana, la Santa Sede ganó

con creces en lo espiritual lo que acababa de perder en lo temporal. En las últimas sesiones del concilio de Trento que se volvió á abrir en 1562, el papa Pio IV hizo á Felipe II concesiones políticas propias para conjurar las reformas religiosas, que parecían á punto de arrancarle. Cesó de invocar sus derechos sobre las coronas y así logró que no se hablara mas de reformar la Iglesia en su jefe. El concilio, lejos de elevarse sobre él como los Padres de Constanza y de Basilea, se inclinó ante su autoridad: en todo el mundo católico se afianzó el poder espiritual de la Santa Sede; el papa fué el único juez en los cambios de disciplina y fué infalible en las cosas de fé; por último, quedó considerado como intérprete supremo de los cánones y jefe de los obispos, y Roma pudo consolarse de la pérdida definitiva de una parte de Europa, viendo aumentado al doble su poderío en las naciones católicas del Mediodía que se estrecharon religiosamente en torno de ella.

La reforma eclesiástica se concluyó en tiempos del papa Pio V (1572). El inflexible anciano introdujo en la mayor parte de los Estados italianos la Inquisición romana, y vigiló severamente la fé y las costumbres. Los obispos debieron guardar la residencia, los monges la reclusión y los seglares quedaron sujetos á la observancia de las ceremonias del culto. La tercera vez que alguno violaba el reposo del domingo era condenado á galeras y le taladraban la lengua; ningun médico podía visitar mas de tres veces á un enfermo que no se habia confesado. El *Colegio germánico* fundado por los jesuitas, se convirtió en plantel de sacerdotes para Italia y Alemania. Finalmente, Pio V completó aquel retroceso á la época de la grande actividad pontificia, haciéndose el alma de la cruzada que concluyó con la gloriosa victoria de Lepanto.

Gregorio XIII siguió en el gobierno espiritual el vigoroso impulso que acababa de darle Pio V, y mereció el beneplácito de todas las naciones por su reforma del calendario Juliano ¹ (1582); pero su caridad fué tan desmedida

1. El año solar se compone de 365 dias, 5 horas, 48', 51" y 6". Los

que degeneró en profusion, y además careció de órden y firmeza como soberano temporal y permitió que el bandolerismo se organizara en grande escala en los Estados romanos.

Afortunadamente tuvo por sucesor á Sixto V (1585-1590) el célebre papa que habia sido porquero y habia vivido de limosna. Tenia 64 años cuando fué elevado al trono pontificio, y tan insigne honra pareció rejuvenecerle, dando así origen á la suposición de que en aquel momento arrojó sus muletas. Lo primero que hizo fué perseguir á los malhechores, ofreció dinero por la cabeza de los jefes y exigió responsabilidad á su parentela. El dia de su advenimiento prometió que en tanto que él viviese los criminales todos sufrirían la pena capital, y cumplió su palabra. Los gobernadores y los jueces que se inclinaban á una clemencia intempestiva fueron reemplazados por otros mas severos, y los cardenales encargados de la ejecución de sus edictos en las provincias siguieron puntualmente sus rigurosas instrucciones: en Bolonia el conde Pépoli perdió la vida por haber dado refugio á los bandidos. Cuando Gregorio XIII recibia noticia de algun asesinato se contentaba con gemir y levantar las manos al cielo; y Sixto, en igual ocasion,

astrónomos de Julio César le señalaron cerca de 11' 9" de mas, porque le daban 365 dias y 6 horas. No contaban el año civil por mas de 365 dias; pero cada cuatro años le añadian un dia para compensar las 6 horas suprimidas anualmente. El *calendario Juliano* se siguió hasta el año 1582, en cuya época los 11' 9" que habian dado de mas al año civil, formaban 10 dias para el año civil que le faltaban al solar. Gregorio XIII suprimió aquellos 10 dias para restablecer la relacion exacta y decidió que el 5 de octubre de 1582 se tomara por el 15. Además dispuso que en lo sucesivo, se suprimieran tres bisiestos en el espacio de 400 años y que esta supresión caeria en los años seculares cuyo número no fuera divisible por 400. El año 1600 fué, pues, bisiesto; 1700 y 1800 no lo han sido; 1900 tampoco lo será; pero el año 2000 tendrá 366 dias. Inmediatamente se adoptó la reforma gregoriana en todos los países católicos, y despues en los protestantes (en Inglaterra no lo ha sido hasta el año 1752), y de aqui la distinción entre el *antiguo* y el *nuevo* estilo que difieren de 10 á 11 dias. Los rusos y los cristianos del rito griego conservan todavía el calendario Juliano, por lo cual existe entre ellos y nosotros una diferencia que es hoy de 12 dias. Cuando estamos nosotros en el 1º de enero, ellos están en el 20 de diciembre.

decia : « Me podrán llamar feroz y sanguinario; pero yo he leído en la Escritura que el mejor sacrificio que se puede hacer á Dios es castigar el crimen y exterminar á los malvados y á los perturbadores del reposo público. » Duclos afirma, no obstante, que hubo bajo su reinado menos ejecuciones que antes asesinatos en un mes. Gracias á su severidad desapareció una raza de asesinos y de ladrones tan poderosos que se les buscaba para matar ó mutilar á un enemigo ó para saquear una hacienda, y que despues de haber cometido toda clase de horrores, encontraban en los palacios de los cardenales y de los príncipes un asilo seguro contra la justicia. A los dos años los embajadores le felicitaron solemnemente por la seguridad de los caminos en el territorio pontifical.

La hacienda se hallaba en el mayor desórden. Sixto V decia que el reinado anterior habia devorado las rentas de tres pontificados. Así fué que introdujo economías tan implacables como su justicia y estableció nuevas contribuciones sobre los consumos, de cuya manera pudo constituir una reserva de cuatro millones y medio de escudos atendiendo al mismo tiempo á cubrir gastos útiles. Dió ensanche á Roma y la embelleció; subió al Capitolino y el Quirinal el *aqua felice*, traída de 22 millas de distancia para alimentar 27 fuentes, encargó al arquitecto Fontana la ereccion del obelisco de Calígula, empresa que les salió mal á Julio III y á Pablo III, y edificó la biblioteca del Vaticano, agregando á ella una imprenta para hacer ediciones correctas y exactas en todas las lenguas, de la Escritura, de los Padres de la Iglesia y de las obras de liturgia corrompidas y alteradas por el tiempo, el descuido de los hombres ó la mala fé de los editores. En su época la poblacion de Roma se elevó á mas de 100,000 almas, número que no tenia hacia ya siglos.

Como jefe espiritual de la cristiandad siguió las austeras tradiciones de sus predecesores, publicó una infinidad de bulas para reformar la disciplina de las órdenes religiosas, fijó el número de cardenales en 70 y los dividió en tres órdenes, 6 obispos, 50 sacerdotes y 14 diáconos, teniendo

cada cual por título el nombre de una iglesia de Roma, disposicion que se observa todavía.

Reforma en la administracion temporal de los Estados pontificios y reforma en el seno de la Iglesia, tal fué el resultado de los esfuerzos que hicieron en la segunda mitad del siglo xvi el papado y el catolicismo. La primera de ellas se abandonó, lo que produjo todos los peligros de que se ha visto amenazado el poder temporal de la Santa Sede; pero la segunda constituyó la grandeza del clero católico en el siglo xvii.

Con efecto, afianzada la disciplina, purificadas las costumbres y limitado el escándalo de las inmensas riquezas y de la vida mundana de los obispos, se reanimó el espíritu religioso, y aparecieron de nuevo el ascetismo y la exaltacion. Hubo otra vez milagros, santos y mártires, los que la *Propaganda* envió á las peligrosas misiones de ambos mundos. Continuó la reforma de las órdenes religiosas, se fundaron otras órdenes, de las que excluyeron ordinariamente la devocion puramente exterior de los antiguos monges reemplazando las largas salmodias y las maceraciones por el trabajo de la inteligencia, los arranques del corazon y principalmente por la caridad, tendencias las tres que tuvieron admirables representantes, la una en los benedictinos de San Mauro, los sacerdotes del Oratorio y los solitarios de Port-Royal, la otra en santa Teresa y en san Francisco de Sales, y la última en san Juan de Dios y san Vicente de Paul.

Sin embargo, en Trento y en Roma se habian prometido otros frutos de aquella restauracion del catolicismo. La imágen de Gregorio VII habia pasado á la vista de sus sucesores, y la Iglesia regenerada habia recobrado necesariamente la ambicion de sus grandes pontífices. Desgraciadamente para ella, se efectuaba aquella constitucion de la monarquía pontificia en el instante en que las demás monarquías europeas que tambien habian conquistado el poder absoluto, no podian inclinarse ante ninguna autoridad ni podian admitir la accion directa en sus Estados de un soberano extranjero. Sucedió pues, que si las potencias ca-

tólicas aceptaron en materia de fé todas las decisiones del concilio, no fué lo mismo en las referentes á la disciplina. Polonia y Portugal, en los dos extremos de la Europa católica, no elevaron contra ellas ninguna objecion; pero los parlamentos franceses las rechazaron como contrarias á las libertades de la Iglesia galicana, por cuya razon puede decirse que jamás el concilio de Trento fué formalmente obedecido en Francia. El Imperio y la Hungría siguieron el ejemplo, y tanto los alemanes como los franceses, conservaron la doctrina de Constanza y de Basilea, esto es, la superioridad de los concilios sobre el papa, que Bossuet y toda la Iglesia francesa proclamaron en 1682. Felipe II admitió los actos de Trento con ciertas restricciones, y el gobierno de Venecia cortó las comunicaciones directas de su clero con la Santa Sede. Paulatinamente los soberanos católicos se atribuyeron una parte de las prerogativas que los príncipes protestantes habian tomado á viva fuerza, y contra esos derechos de la autoridad civil lucha la Iglesia enérgicamente hace ya años. El ultramontanismo quiere continuar en el siglo XIX la obra del siglo XVI, obra tardía, pues si existe mas cohesion, se encuentra con menos fuerza, y el espíritu general está en otro camino.

CAPITULO XV.

GUERRAS DE RELIGION (1539-1598).

Jefes católicos y jefes protestantes. — Lucha de las dos religiones en los Países Bajos: formacion de la república de las Provincias Unidas (1566-1609). — Lucha de las dos religiones en Inglaterra: Isabel y María Estuardo: la grande Armada (1559-1588). — Guerras religiosas en Francia (1562-1598).

Jefes católicos y jefes protestantes.

La Iglesia restaurada podia ahora combatir con la palabra; mas necesitaba un brazo para combatir tambien con el acero.

A corta distancia de Madrid, en una soledad espantosa, se eleva un inmenso monumento de piedra de sillería sobre las vertientes del Guadarrama, barridas por vientos terribles: son diez y siete cuerpos de construcciones cortadas á ángulo recto, con veinte y dos patios y cuatro grandes torres en las cuatro esquinas, figurando todo el edificio unas parrillas en memoria del instrumento de tortura en que padeció y murió san Lorenzo ¹. La puerta principal del sombrío monumento no se abre mas que dos veces para los príncipes, á su nacimiento y á su muerte. El Escorial es á la vez un monasterio y un palacio, el Versalles y el San Dionisio de España; y en tan sombría morada vivió un hombre que reinó 42 años sobre el mas vasto imperio del mundo y que los escritores protestantes llamaron el demonio del Medio-

1. El 10 de agosto, dia de San Lorenzo, ganó Felipe II la batalla de San Quintín, y en conmemoracion de su victoria construyó el Escorial á 35 kilómetros al noroeste de Madrid.